

PATRIMONIO, IDENTIDAD, ARTE Y CULTURA

(aventurando una hipótesis)

Queridas amigas, queridos amigos,

Quiero agradecer muy sinceramente esta invitación porque me permite compartir con todas y todos ustedes, algunas ideas que, además de profundizar en la posible existencia de una "identidad cultural chilena", tratarán de aportar una mirada **diferente** a una eventual "identidad Latino americana".

¿Por qué "diferente"? Todas y todos ustedes saben que no nací aquí y que pude adoptar Chile en propiedad como mi segunda patria recién después de largos años de haber asentado mis raíces en esta tierra. Porque mi mirada es al mismo tiempo desde adentro y desde fuera, o si prefieren de aquí y de allá, pero se genera desde un compromiso vital con el destino de este continente, de este "mi" país y por sobre todo, con el de este nuestro planeta.

Es por ello que les pido que acepten que hable de "nuestra" América y que me refiera constantemente a ella y a las y los que la habitamos con el "nosotros" de uno más de los pertenecientes a esta comunidad.

No lo haré por una razón antojadiza sino porque considero que la recurrencia y la similitud de los acontecimientos históricos que van construyendo nuestras historias particulares como países, casi a la fuerza nos llevan a una mirada más "generalista" a la hora de tratar de definir, de alguna manera, los múltiples elementos que constituyen tanto nuestro patrimonio o, más difícil aún, en el caso que existiera, nuestra específica identidad.

En todo lo que sigue, trataré de reunir y consolidar desde el hoy lo más brevemente posible algunas de las reflexiones sobre el tema que, a lo largo de varios años, me ha tocado plantear tanto en mi actividad académica como en encuentros parecidos al que nos reúne en esta ocasión.

Quiero proponerles una hipótesis:

Nuestra América, la que llamamos tan equivocadamente "latina", ha sido, es y será un territorio cultural inacabado y provisorio.

Nosotros, los "latino americanos" nos encontramos muchas veces como exiliados de nuestra propia identidad. Pareciera que se nos escurre continuamente de las manos. La historia de este continente no se construye en el futuro, ni depende de manera irremediable del pasado. Es siempre historia AHORA. Es por ahí que podremos adentrarnos en el laberinto de nuestra identidad.

No debemos esperar de nosotros mismos ni lo deben esperar otros, que lleguemos a un punto determinado, como quien acaba una obra. Creo que es precisamente esa falta de conclusión lo que la da el sello específico de eterna mutante a nuestra manera aparentemente errática de ser y de ver el mundo. No somos tierras, ríos, selvas, cordilleras, mares o desiertos, ciudades o pueblos que privilegiemos los conceptos precisos y tajantes.

Nuestras historias individuales y colectivas son el resultado de innumerables mezclas y las contamos y compartimos mientras, incansables, seguimos creando otras diferentes, a veces al borde de lo asombroso y de lo absurdo, porque las ya hechas y vividas no alcanzan a agotar la pasión que las creó....

Tal vez seamos hijos de un empecinado y siempre nuevo comienzo.

Por eso pienso que nuestra identidad es la hermana de tantas que siguen maravillosamente inconclusas. Los que **habitamos** estas tierras, venimos de muchas tradiciones, de las grandes culturas que estaban fundadas en la piedra y el maíz es cierto, pero también en los otros que fueron llegando: castellanos, vascos, gallegos, ligures, romanos, judíos, árabes, chinos y luego sajones, nórdicos y seguramente en los que seguirán llegando...

Antes estaban las pirámides, las ciudades mágicas fundadas en medio de grandes lagos, los caminos largos y angostos serpenteando entre cordilleras asombrosas, los guerreros emplumados y la magia.... Todo eso era otro mundo, otra manera de ver y entender la vida y la muerte. Siempre fue otra; Tan distinta que aún hoy sigue alimentando nuestra convicción de que muchos mundos son posibles al mismo tiempo y que han existido y seguirán existiendo muchas maneras de sentir y de vivir.

Somos tierras mestizas y en ellas, de tanto llegar de otras partes, y a pesar de que convivamos con los grandes productos de la cultura universal, seguimos siendo otros, semejantes pero diversos. Se nos puede pedir que seamos más predecibles, más conceptualmente ubicables, y hasta podemos intentarlo, pero nunca lo lograríamos.

. Tendríamos que borrar todos los códigos. Destruir todos los instrumentos que dan vida a nuestros ritmos, evitar la presencia y el aroma del maíz en nuestros alimentos y cocinas. Aún así quedaría la memoria, la tradición oral y las ganas de entender por qué somos tan obstinadamente sensibles y austeros, tan violentos y románticos al mismo tiempo. Tan buscadores de futuros más concretos y gestores de incansables e improbables sueños.

Tendríamos que borrar gran parte de nuestras tradiciones y quedarnos quietos, petrificados en las grandes ciudades.

Hay muchos que afirman que todo esto tiene las horas contadas, que la modernidad, con sus grandes súper-carreteras de asfalto, los mega-puentes y las

señales satelitales terminará arrinconando inexorablemente esa parte de lo americano. Que ya todo será igual a sí mismo, y por lo tanto la propia idea de identidad perderá sentido, porque el gris de la uniformidad dominará y dará lo mismo estar en un lugar o en otro de la tierra.

Permítanme discrepar. Quiero creer que en América, al igual que en otros continentes, aún hay hombres y mujeres que no abandonan el legado de sus herencias y de sus tradiciones, para instalar en su lugar tecnologías o cosas.

La identidad latinoamericana a la que me refiero, se expresa en la cotidianeidad, en las múltiples resonancias del hablar español, el portugués o en esa amalgama de potentes lenguas que se han incrustado en todos los modismos y giros con que nos referimos a la naturaleza y al alma y que, en el fondo, no son otra cosa que distintas formas de pronunciar y nombrar el mismo mundo en un mismo idioma.

Es una manera de construir una nación idiomática, un territorio del lenguaje, una suerte de supra-nacionalidad que todos reconocemos, más allá y más fuerte que todas las fronteras. Es un territorio que se levanta desde la profundidad de la cultura.

Quisiera sugerir con esto que América Latina es una Nación en la cual sus ciudadanos deberían convivir e intercambiar sus pasiones y mundos, su identidad inconclusa y de singular origen, sin visas ni fronteras.

Sin embargo, es evidente que la historia de un estado o una nación, de cualquiera de ellas, es casi siempre una historia contada y vivida desde arriba. Es la de los estadistas, de los tratados y pactos. Las reliquias de su historia profunda se guardan celosamente en los museos.

A pesar de que esa historia es también nuestra, al hablar de identidad nos referimos a la que se construye desde abajo y que tiene, por qué no, una apariencia caótica y ritmo discontinuo. Es historia cotidiana, es el fiel retrato de nuestra nación-continente, viva e inconclusa.

Es cierto que el mundo se está reduciendo; que lo ajeno se vuelve cada vez más nuestro y que vivimos inmersos en un tejido de infinitas combinaciones. Pero esta tendencia, instantánea y mezclada hacia lo mundial, no puede ni debe proponernos un desprecio por lo que somos.

A este punto, quisiera precisar brevemente algunos de los desafíos que los países de este lado del mundo enfrentamos al relacionar el nivel de nuestro desarrollo cultural y nuestra incipiente identidad con el proceso de globalización que tiñe de manera sustantiva no sólo nuestro modo de vida actual, sino que nos propone nuevas relaciones con nuestra propia tradición y patrimonio cultural.

No hay asomo de miedo en mi reflexión. Personalmente, no le temo al mercado, ni a las transnacionales ni a las tecnologías de punta. Pero sí le temo, o si prefieren,

no me gusta que se comience a juzgar a las culturas desde superficiales clasificaciones tecnológicas en las que las cosas, los meros productos borran la inteligencia y la creatividad que los forjó.

No me gusta que las grandes culturas americanas, asiáticas, africanas, europeas o de cualquier parte sean examinadas como productos exóticos del pasado y no como un patrimonio vivo que todos tenemos no sólo el deber de preservar, sino que de aumentar y ensanchar con nuestro propio aporte.

Para mayor claridad, en pocas palabras, trataré de comunicarles mi propia visión acerca de los conceptos de tradición y de patrimonio.

Si consideramos la tradición como el conjunto de memorias, acontecimientos y testimonios de un determinado grupo humano, deberemos aclarar de inmediato que esa memoria de que se habla, no es precisamente una copia pseudo-objetiva del pasado, sino que es fruto de sucesivos procesos de selección y de reconstrucción que se van transmitiendo de un generación a otra en una entrega constante y que requieren de la intervención reflexiva y creativa de aquellos que heredan el legado.

Me atrevo a afirmar que, al no producirse ese indispensable diálogo entre las generaciones, se cae indefectiblemente en una deformación “tradicionalista”, que considero como máxima expresión de la contracultura, ya que pretende a toda costa fijar en el tiempo las expresiones culturales “tal como se dieron en el pasado”, alegando la necesidad de proteger la pureza de sus formas y contenidos originales contra toda contaminación de una posible relectura.

Por suerte, entre las diferentes culturas siempre han existido vasos comunicantes que han permitido el mutuo enriquecimiento. Ese fenómeno es el que ha logrado ampliar el patrimonio común tanto en cantidad como en calidad, a través de un sincretismo que ha alimentado el surgir de nuevas e innumerables expresiones de la creatividad del ser humano.

Sin embargo, un patrimonio sin herederos que usufructúen de él, es estéril, y está destinado a desaparecer. El hecho de usufructuar se refiere precisamente al uso y al dar frutos. Es decir, supone un diálogo con otros que se consideren depositarios de los bienes que les son legados y que los usen de manera idónea para que crezcan y sigan dando mayores frutos, enriquecidos por el aporte de los propios herederos.

Un patrimonio que no admite el concurso de la creatividad de otros para renovarse constantemente, está destinado a consumirse y morir sin dejar rastro alguno para las generaciones futuras. Esta afirmación es aún más válida si se trata del patrimonio cultural o especialmente artístico. El concepto de Patrimonio Cultural es un concepto vivo y cambiante, es savia y raíz, tronco y fruto, tradición e invención.

Pero, cuidado con destruir nuestro propio tesoro de memoria, en aras de un falso progreso y convertirnos en verdugos del pasado bajo la falsa bandera de la modernidad.

Quién me conoce de más cerca sabe muy bien que no me cuento precisamente entre los “nostálgicos” y que no me complace en absoluto el tono tremendista de aquellos que pregonan el gastado refrán de que “todo pasado fue mejor”. Más bien me cuento entre aquellos que miran al futuro con esperanza en la infinita capacidad creativa del ser humano y que trabajan denodadamente para combatir el fatalismo que alimenta diariamente a no pocos de los actuales representantes del pensamiento de nuestra América.

Sin embargo, no quiero rehuir la responsabilidad que a todos nos concierne, de compatibilizar el respeto hacia el patrimonio del pasado, con su carga emotiva que apela a la memoria común, con la invención de nuevas formas y relaciones más consonantes con el modo de vida y las exigencias del hoy.

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo atesorar y preservar el pasado y, al mismo tiempo, acoger e impulsar la constante creación de nuevos bienes culturales, tangibles e intangibles que se van instalando en cada rincón de nuestra cotidianeidad con sus propuestas innovadoras que generan conductas que aún no se internalizan socialmente como valiosas?

O, por el contrario, ¿Qué hacer con la aceptación indiscriminada de otras propuestas de dudosa validez, a veces de carácter decididamente pseudo cultural, copiadas literalmente de aquellas menos armónicas del primer mundo, sólo atendiendo a la posible e inmediata aceptación masiva?

La obsesión por definir nuestra identidad que se dispara de tiempo en tiempo en nosotros frente a las normales y recurrentes crisis de una sociedad democrática aún en re-construcción, induce a contestar estas preguntas con una urgencia absolutamente desmedida. Por eso, hay que estar muy atento a que lo urgente no nos haga perder de vista lo que realmente importa, y que seamos capaces de seguir sosteniendo que es posible cuidar de nuestro pasado, sin aprisionarnos en la seguridad cada vez más estéril de caminos que pueden haberse convertido ya en obsoletos.

El fenómeno de la globalización, no permite una defensa pasiva de la herencia de nuestro pasado, alegando la pertenencia a una identidad cada vez más desdibujada. Habría que pasar a una fase más activa de conocimiento de nuestros patrimonios culturales, a través del cuidado y del USO de esos bienes por parte de las comunidades locales.

Al respecto, nos espera el enorme trabajo de incentivar y ayudar a formar todas las instancias que seamos capaces de generar, sobre todo las educativas, para lograr que la indispensable RELACIÓN AFECTIVA con el pasado, no nos haga caer en nostalgias tramposas y paralizantes.

Es que, al hablar de patrimonio, surge de inmediato el doble desafío de conservarlo y de acrecentarlo al mismo tiempo. En el fondo, se trata de lograr la capacidad, difícil por cierto, de mirar con agudeza y rigor, hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo. Poder atesorar el pasado acogiendo, impulsando y preservando con decisión la nueva y constante creación e inserción de otros bienes culturales.

Atesorar, acoger, impulsar y preservar se me presentan como cuatro aspectos de una misma acción culturizadora que genera el círculo virtuoso de causa a efecto, que está en la base de cualquier esfuerzo por lograr una síntesis armónica y dinámica entre pasado, presente y futuro.

Frente a la globalización, no cabe una defensa pasiva de los restos gloriosos de nuestras civilizaciones precolombinas o de los vestigios importados por los conquistadores; hay que pasar a una fase más activa en el uso y cuidado de nuestros patrimonios culturales, incluyendo en ellos el aporte sustantivo de las obras de las nuevas generaciones.

¿Qué conservar? ¿Qué desechar? ¿Con qué criterio debemos enfrentar este dilema que nos acompaña desde siempre en el proceso cultural de la modificación de nuestro entorno?

En la conservación de unos determinados bienes heredados, siempre está implícito un juicio de valor muy subjetivo que, reconozcámoslo, no siempre es certero. Conservar con respeto el pasado, dada la endémica escasez de recursos de nuestros países de América Latina, significa asumir la imperiosa necesidad de seleccionar y priorizar, con el consiguiente riesgo de equivocarnos. Por otra parte, nos sucede lo mismo al momento de acoger e impulsar lo nuevo.

Hoy la dimensión cultural del desarrollo se instala como eje del debate acerca del cambio que impregna este comienzo de milenio y nos propone el desafío de repensar nuestra relación con el patrimonio en la cotidianeidad de nuestras propias historias individuales y colectivas.

Por otro lado, es innegable que tanto la tradición como el patrimonio se rigen por las mismas leyes del propio desarrollo cultural de cualquier sociedad. La secuencia de su proceso se podría comparar con una espiral en la que se suceden la creación, la trasgresión y la subversión de valores en un ritmo constante, sin solución de continuidad, en el que, a veces, los tres momentos se funden y confunden en uno solo

El arte es la que a través del tiempo nos ha transmitido el testimonio fiel y concreto de los avatares de ese camino. Todos los pueblos han seguido en el mismo intento, sin desfallecer, y nos han dejado incalculables y valiosísimos rastros de sus hallazgos que constituyen nuestro más importante y preciado patrimonio.

Hay un punto fundamental que, por sí solo, justifica y avala la permanencia en el tiempo de esa necesidad primaria de expresar a través de la belleza nuestras alegrías y dolores en obras y ritos comunitarios: es el que movió a nuestros primeros antepasados a dar gracias a la vida y a tratar de entender la muerte.

Es por ello que es urgente restituir el verdadero sentido del aporte del arte al proceso cultural por su valor de expresión comunitaria, ya que, desgraciadamente, la mayoría de las veces, la aislamos del contexto y la desconectamos de su verdadera función social y humana, convirtiéndola en un “espectáculo”, sometido a los avatares del vaivén de los requerimientos mercantiles.

Para terminar sintetizando de alguna manera y con mayor claridad lo que quise expresar en estas breves notas, se me ocurre hacerlo con un cuento muy breve, sacado de la tradición oriental y al cual, seguramente, con el transcurso de los años, se han ido adhiriendo algunas ideas de cosecha propia, tal como acontece con el patrimonio...

“...Un gran maestro alfarero, al ver próximo el momento de su muerte, llamó a su discípulo predilecto y, como último legado, le entregó su mejor obra. El pobre discípulo no cabía en sí de contento por el honor que eso significaba, pero, por otro lado, no acertaba a entender lo que su querido maestro había querido dejarle, más allá del valor artístico indudable de la maravillosa pieza de cerámica que ahora le pertenecía.

Recurrió con su duda varias veces a su venerado maestro, pero la respuesta que recibía, acompañada de una dulce pero socarrona sonrisa, era siempre la misma: “Algún día, en el momento preciso y no antes, lo entenderás...”

Cuando el anciano murió, esa incógnita se le volvió insoportable y decidió develarla con todos los medios a su disposición. Estudió concienzudamente la textura, la forma y el color del simple y perfecto jarro, buceó en los escritos y en las fórmulas dejadas por su maestro. Más aún, se dedicó con esmero a copiar fielmente el original una y mil veces, en el sostenido intento de dejar su obra perfectamente igual a la original.

Sin embargo, y a pesar de haberlo logrado varias veces, en todas sus características, algo siempre faltaba para llegar a la identificación perfecta. Y una a una, todas aquellas copias terminaron hechas añicos por el autor, presa de la desesperación y de su propia impotencia. Hasta que, un día, sin aguantar más su dolorosa incapacidad, la emprendió con el original y, entre maldiciones a su otrora venerado maestro, lo estrelló con fuerza en el suelo, haciéndolo estallar en mil pedazos que se desparramaron con estrépito por todo el taller.

Fue en aquel mismo instante que creyó oír la voz queda del anciano que le susurraba: “... En el momento preciso y no antes, lo entenderás”.

Se quedó aturdido por la revelación que lo golpeó con su luz cegadora... Sí, eso era, como no lo había descubierto antes... si ahora parecía tan sencillo...

Se demoró toda la noche en recoger con amor los guijarros, uno a uno, con delicadeza y esmero infinito. El amanecer lo sorprendió aún en la tarea. Cuando el sol ya estaba alto en el cielo, al constatar que ya no quedaba ninguno escondido en algún rincón, la dio por terminada. Depositó cuidadosamente todos esos restos en el mortero y comenzó con fuerza a deshacerlos hasta convertirlos en un fino polvo. Le agregó caolín y agua, lo amasó y con esa pasta, ahora informe, comenzó a moldear su propia obra, espléndida y refulgente a los rayos del nuevo sol que por fin brillaba en su interior, **reviviendo en ella el alma de aquella otra**, que en un día lejano, le fuera obsequiada por el viejo maestro..."

Creo que esta pequeña narración nos afirma de manera clara y mejor que muchos y sesudos discursos que un PATRIMONIO VIVO no se transmite a través de copias celosas y serviles de las formas que le dieron vida, sino que usándolo y enriqueciéndolo con la decidida acción creadora de los herederos.

La herencia cultural de Chile y de nuestra América está al alcance de todas y todos los que estén dispuestos a asumir el riesgo de ser puente de unión entre el pasado y el futuro, con creatividad y libertad, respetando por supuesto la tradición y el patrimonio, pero sin esa obsecuencia ciega al pasado que nos paraliza y da lugar al temor de no ser capaces de asumir el desafío de ser constructores de lo que nuestro propio futuro necesita para convertirse a su vez, con el tiempo, en tradición, patrimonio e identidad cultural para los hijos de nuestros hijos.

Claudio di Girolamo

Puerto Montt 29 de mayo de 2015